



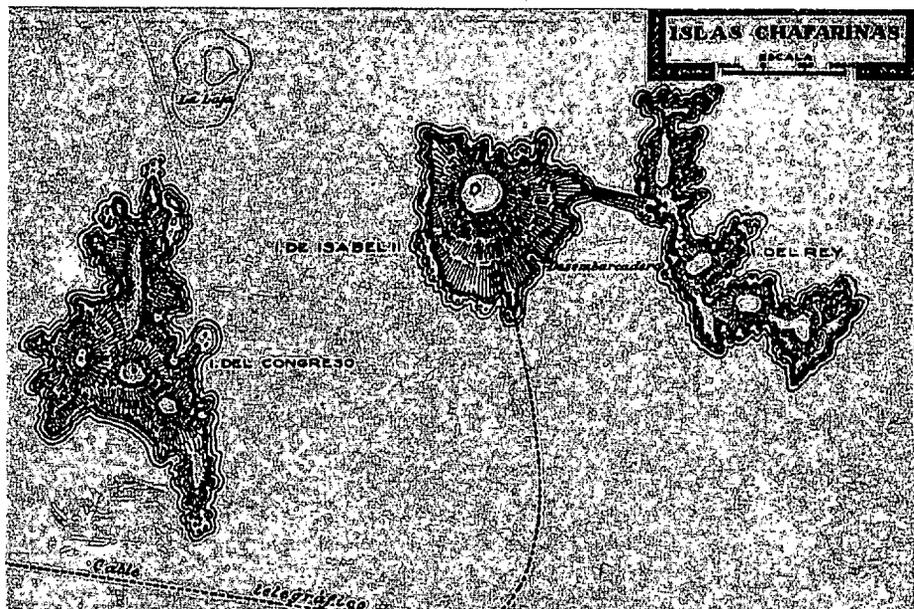
ESPACIOS MARINOS DE INTERÉS ECOLÓGICO

LAS ISLAS CHAFARINAS

Las islas Chafarinas se encuentran a unas 27 millas al este de la ciudad de Melilla y a más de 30 kilómetros de la frontera argelina; están muy próximas a la costa africana, a poco más de tres millas del cabo de Agua y del poblado de Ras el Má, que constituyen las últimas estribaciones de la arisca y movida sierra de Kbdana, con una interesante fauna y flora desérticas, entre las que resaltan los chacales, jabalíes, rapaces norafricanas y algunos reptiles que, como la tortuga mora, se van quedando relegados a lugares tan salvajes y deshabitados como el que tratamos. En este tramo de costa se puede observar también al camaleón, primitivo reptil cuya más cuidada y mayor población española vive dentro del perímetro de la Base Naval de Rota. Chafarinas es uno de los más importantes reservorios de la fauna mediterránea, y su indiscutible valor ecológico debe contemplarse como formando parte de la sierra citada, del río Muluya y su desembocadura, muy cercana y con gran influencia geológica en las islas, y con la mar Chica, otra cercana albufera que por sus características físicas y morfología nos recuerda mucho a nuestro mar Menor, en el litoral de Murcia. Completa el ecosistema

el cabo Tres Forcas, prácticamente lindante con Melilla, y que atrae a las aves marinas en sus vuelos migratorios. Este tramo de costa y todos los puntos reseñados, por la escasez de su población humana y por sus excepcionales valores naturales, amén de la interdependencia ecológica que relaciona y condiciona a todos y a cada uno de ellos, forma parte del ambicioso proyecto del Parque Natural Internacional de la Amistad Hispano Árabe, que desde hace ya muchos años se viene solicitando desde los medios más solventes del conservacionismo europeo y español, aunque las dificultades legales y diplomáticas que entrañan este tipo de figuras proteccionistas, compartidas entre dos países, lo vayan demorando en el tiempo.

Desde siempre nuestras islas fueron para los comerciantes bereberes las «Xaferín» o «Zaffarinas», es decir, las islas de los piratas, tres moles rocosas que eran tierra de nadie y que nadie quería, hasta que en 1848 el futuro general Serrano, el general «bonito», toma posesión de ellas para la corona española, al mando de una pequeña tropa embarcada en los navíos *Vulcano* y *Piles*, que con tal fin habían partido de Málaga en la madrugada



El grupo de las Chafarinas, de origen volcánico, y de cuyas islas sólo una se encuentra habitada, se halla próximo y al norte de cabo de Agua. Ha sido la adquisición más moderna (1848) de nuestros territorios de soberanía del norte de África, ocupándolas momentos antes de que Francia se dispusiera a hacerlo.

del día de Reyes, navegando a todo vapor en una carrera contrarreloj con la Armada francesa, que había hecho zarpar de Orán con idénticas intenciones al vapor *Veloz*, que, desdiciendo su nombre, llegó con unas horas de retraso a un destino en el que ya ondeaba la bandera española, por más que le costase a Francia reconocer nuestra soberanía, pues no es hasta bien entrado 1849 cuando el país vecino admite su derrota contra el tiempo.

Casi desde el principio se construyó en Chafarinas un presidio, obviamente en la isla más plana y accesible del archipiélago, que se bautizó con el nombre de la reina castiza, Isabel II, la cual estuvo durante varios años unida a la isla del Rey (Rey Francisco en algunos mapas y cartas), por un grueso espigón de 250 metros de largo que fue destruido por un fuerte temporal acaecido en marzo de 1914, y cuyos actuales restos sumergidos se consideran como unos arrecifes sumamente apetecibles para los pescados en freza y la instalación de muchas especies marinas

bentónicas. La tercera isla, que es la mayor y la más escarpada, cuenta con una altura máxima de 137 metros y una longitud que raya el kilómetro; se llama del Congreso y, al igual que la del Rey, se encuentra actualmente deshabitada por lo que, unido al carácter quebrado de sus costas, con multitud de peñones, bajos, rompientes, entrantes y cuevas, alguna de gran belleza, y altivos acantilados que las hacen inabordables, cobijan unas colonias reproductoras de aves marinas y otros animales que no tienen igual en ninguna isla mediterránea desde Tarifa hasta Estambul, como pronto veremos.

En la isla de Isabel II se trazó un primer proyecto de acondicionamiento en 1858, que poco a poco se fue materializando con la edificación de un poblado con plaza, iglesia, bares, escuela, fortificación de paredones encalados, puerto y faro, aunque los muertos los fueron dejando para la isla del Rey, donde, fue emplazado un pequeño cementerio que al igual que los que hemos tratado de



Frente a Chafarinas, el promontorio de cabo de Agua deja, al este, en su regazo, al pequeño pueblo que lleva este último nombre, habitado por algunos pescadores y agricultores.

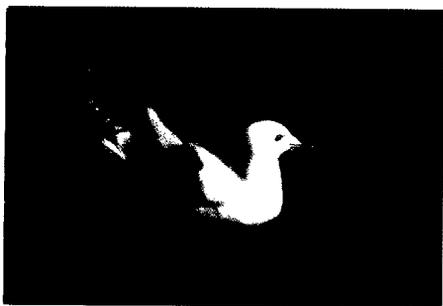
Columbretes, Cíes, Alborán, etc., me da a mí que son páginas mudas de una historia densa de dureza y de sufrimientos. En el año 1887 el censo insular era de 703 habitantes, de los que tan solo 104 eran mujeres, proporción que nos sugiere que otras páginas, éstas de encendida letra, también pudieron ser escritas por aquella curiosa mezcla de presos, soldados, damas y sirvientas, pescadores, nativos y cantineras peninsulares... En las guerras del Rif llegarían a concentrarse en las islas 2.000 habitantes y nuestra artillería isleña se convirtió en un terrible y temido castigo para el enemigo costero.

Pero poco queda en la actualidad de aquel *Beau Geste* y la sombra de la Madelón también ha menguado en Chafarinas al compás de los tiempos, pues ya en los años setenta del pasado siglo o por lo menos del pasado milenio —que en esto parece que no se pone de acuerdo el personal— un máximo de cien soldados cumplía su servicio militar en Isabel II, cantidad que ahora queda reducida a las dos docenas de regulares que constituyen la guarnición isleña, a la que sólo acompaña el cabeceo meditabundo de las embarcaciones marroquíes de pesca que dormitan buscando el socaire y el abrigo de Chafarinas, de las que podemos afirmar que dos de sus islas, El Congreso y Rey, ya sólo pertene-

cen a las gaviotas, a las pardelas, al águila pescadora y también al sol y al viento.

Fue precisamente cumpliendo el servicio militar en Melilla, en el año 1974, cuando mis amigos los doctores en biología Eduardo de Juana y Juan Varela, que también en el número de la REVISTA del mes pasado encontrábamos en Alborán, estudiando su fauna, oyen comentar a los soldados que vienen de permiso desde las Chafarinas sobre las ingentes cantidades de gaviotas y los merodeos de las últimas focas monje españolas por aquellos bravíos peñones (veinticinco años después, en 1997, Eduardo en su cátedra de Vertebrados de la Universidad Complutense de Madrid tendría como curioso alumno al viejo amigo y coronel que suscribe, que a sus sesenta años aprobaba la «asignatura que tenía pendiente» para terminar la carrera de biológicas). Pues bien, a Eduardo y a Juan se deben los primeros trabajos científicos publicados sobre Chafarinas y alguno de tanta importancia como el referente a la etnología (estudio de la conducta) de la gaviota de Audouin o gaviota mediterránea (*Larus audouini*), que es la única gaviota que tiene el triste privilegio de figurar en el *Libro Rojo de Animales en Peligro de Extinción*, de la IUCN, pues Bournonville, en 1964, cifraba sus efectivos mundiales en la exigua cantidad

de tan sólo 240 individuos adultos y un número indeterminado de inmaduros, aunque ya desde la década de los 50 el ornitólogo francés Brosset, que trabajaba en la cercana Argelia, había advertido la constante presencia de numerosas gaviotas de Audouin en la desembocadura del río Muluya, por lo que suponía que tenían que hacer el nido en las aledañas islas de Chafarinas y, aunque intentó en varias ocasiones desembarcar en ellas, debido a su condición de funcionario francés y al enfriamiento de las relaciones entre España y el país gallo, no se le autorizó a hacerlo hasta muchos años después (cosas que entonces se hacían, ya veis), en concreto el 20 de abril de 1966, fecha en la que el mundo científico se entera de que en Chafarinas anidan nada menos que 500 parejas de esta peculiar gaviota, que se creía que únicamente lo hacía en pequeños grupos dispersos, por lo que ni se podía sospechar que en estas tres pequeñas islas españolas pudiese existir una población que cuadruplicaba el censo mundial de la especie, estimado dos años antes por Bournonville en 240 individuos reproductores, como acabamos de decir.



Gaviota de Audouin (*Larus audouini*), con el llamativo diseño de su pico y coloración. Jamás se la ve posada en tierra, ni sigue a los barcos, ni come en los basureros.
(Foto A. Valledor).

En 1976 Eduardo de Juana y Juan Varela desembarcan en Chafarinas con el apoyo de nuestro Ejército, y la colonia de gaviotas de Audouin se había duplicado con respecto a 1966, pues contaba ya con 1.000 parejas reproductoras, logrando ambos biólogos interesar al World Wildlife y al Icona en su

conservación; y en 1979 se llega a la conclusión de que las Chafarinas acogen nada menos que a las tres cuartas partes de la población mundial, lo que las convierte en un enclave de proyección internacional que preocupa y admira a muchos países.

Pero la gaviota de Audouin, seguramente obligada por su propia superpoblación en Chafarinas y por la competencia que le presenta la gaviota argéntea, hoy llamada vulgarmente Patiamarilla (*Larus cachinans michaellis*), con la depredación de sus nidos y pollos por parte de esta última, que es muy voraz, facilita su dispersión y expansión por el Mediterráneo y aparecen nuevos puntos de cría que arrebatan la primacía a Chafarinas, aunque no merman su importancia. Según datos de 1977 la población española asciende a 17.000 parejas, que suponen el 92 por 100 del censo mundial, con el siguiente reparto: en Chafarinas, 2.700 parejas (en 1972 llegaron a criar 4.000); en el delta del Ebro, 11.600 (cuando yo andaba por allí era imposible ver un solo nido, y en 1987 se censaban 1.800 parejas); Baleares, 1.650 parejas; Columbretes, 525; isla Grossa, 400, y Alborán, 100.



La gaviota Patiamarilla (*Larus cachinans michaellis*) es una peligrosa competidora de la de Audouin. Depreda sobre sus huevos y pollos. En Chafarinas anidan más de mil parejas.

A mediados de abril ya han llegado a Chafarinas todas las gaviotas de costumbre, las de Audouin y las Patiamarillas. Es el instante cumbre de perpetuar la especie y, aunque actualmente no esté muy de moda el

asunto, ambas gaviotas son monógamas de por vida, a pesar de que los inviernos acostumbra la pareja a pasarlos cada uno a su aire, quizá apartados sus dos miembros entre sí por miles de kilómetros o compartiendo el mismo lugar pero ignorándose el uno al otro. Las de Audouin proceden de la costa de Mauritania y de la del antiguo Sáhara español, así como de las costas de Marruecos, y las más lejanas como remate traen remite del remoto Senegal. Al llegar a Chafarinas los progenitores de siempre se reconocen por medio de unas estereotipadas pautas de conducta ritual y especialmente por ciertos matices de sus graznidos que saben localizar, reconocer y diferenciar en medio del barullo de alas y algarabía de voces que miles de gaviotas elevan al unísono con la inquietud y apreturas que requiere el momento, pues en las dos islas desiertas apenas sí cabe ahora un alfiler, debido a la alta densidad de 50-60 nidos por 100 metros cuadrados de terreno con la que las dos citadas especies sacan adelante a sus polluelos, más bien juntas que revueltas y, literalmente, dándose empujones entre sí. En ambas gaviotas es frecuente la puesta de tres huevos, y menos normal las de dos y de cuatro. Tras una incubación de 28 días las nuevas gaviotillas abren los ojos al renovado milagro de la vida, y al poco tiempo abandonan el nido para esconderse en sus proximidades al resguardo de un sol africano que en esa época suele amenazar con recios colmillos y, a finales de julio, el proceso reproductor concluye con la dispersión de las familias, yéndose cada uno por su lado, adiós muy buenas y hasta el año que viene.

Excepcionalmente en la familia de los láridos, la gaviota de Audouin es un ave cazadora y pescadora al mismo tiempo. Aunque la mayor parte de su dieta la constituyen los peces, capturados a larga distancia de las islas y, en concreto, en los atardeceres y amaneceres, también caza multitud de pajarillos migradores, incluidas las raudas golondrinas y los veloces vencejos, con los que completa el aporte proteico que exige el rápido y sorprendente crecimiento de unos pollos que en una semana duplican su peso y que en un mes alcanzan el de sus padres. La gaviota de Audouin es un ave libérrima que aún no se ha bajado las plumas y no se ha sometido a la

dependencia del hombre (y de las mujeres), pues jamás se la ve siguiendo a los barcos, ni posadas en tierra, excepto en la época de cría, ni merodeando en los basureros, como suele hacer la gaviota Patiamarilla, de las que anidan en Chafarinas más de un millar de parejas, que además de comer de todo a lo que se le pueda hincar el pico, depreda vorazmente sobre las crías y huevos de la de Audouin, a los que accede fácilmente por ser ésta de menor tamaño y, por tanto, más débil, aunque tampoco desdeña los huevos y pollos de su misma especie que al menor descuido suyo o de sus padres pagarán con su vida los imperativos de la selección natural a la que todos los seres vivos deben someterse para que únicamente los mejor dotados tengan la oportunidad de sobrevivir y con ello transmitir los genes más interesantes para la especie.

También cuenta Chafarinas con más de mil parejas reproductoras de la Pardela cenicienta (*Procellaria diomedea*), que en ellas y en la tunecina isla de Zembra sitúan sus únicas colonias de nidificación conocidas en la costa norteafricana. Destaca también en nuestra isla la presencia de uno o dos nidos de la extraña águila pescadora (*Pandion haliaetus*) y de algún halcón peregrino (*Falco peregrinus*), que en las inmediaciones de su casa en la isla del Congreso dispone de abundante despensa, gracias a la población de la bella pechugona, libérrima y tornasolada paloma bravía (*Columba livia*) que anidan por cientos en sus más imponentes acantilados.

Pero no son las gaviotas, ni las palomas con pecho de tenor, ni las pardelas viajeras, ni la excepcionalidad de las águilas pescadoras, ni el límpido fondo submarino prolijo en vida multicolor los que hicieron populares a las islas Chafarinas, sino las últimas focas monje (*Monachus monachus*) que con carácter sedentario habitaron en España y, con fama estelar, el viejo macho conocido por «Peluso», del que De Juana y Varela ya nos hablan en 1976, aunque entonces de forma innominada, pues «Peluso» no salta a la prensa con todos los honores hasta que en 1998 el Ministerio de Defensa organiza una expedición para capturar, anestesiarse, curar, vacunar y devolver a la libertad al conocido macho de foca que está en trance de morir porque el



La dos gaviotas de Chafarinas normalmente ponen tres huevos y, menos frecuente, dos y cuatro.

grueso anillo de plástico procedente de una nasa se le ha incrustado en su cuerpo y a modo de hiriente cinturón ha hendido su carne en una terrible herida, cuya patente infección amenaza su vida sin remedio. El éxito coronó aquella expedición cívico-militar, y el equipo de biólogos y veterinarios militares que la componía tuvo que superar tales dificultades y todos los medios de comunicación se volcaron en divulgar calorosamente su actuación, conquistando una de las mayores popularidades en las últimas décadas.

Una vez «Peluso» apareció por Chafarinas en compañía de una hembra, pero nunca se llegó a demostrar que hubiese tenido descendencia, aunque las últimas apariciones esporádicas de foca hayan sido las de una madre con su cría. Las más recientes observaciones de «Peluso» se han registrado en Argelia, en las islas Habibas y, claro es, genio y figura hasta la sepultura, cortejando a una hembra a mucha distancia en el espacio y en el tiempo de su última morada española.

«Peluso» era una de las últimas 200 focas monje que sobrevivían en el Mediterráneo, especialmente en ciertas islas griegas solitarias y en el litoral moroteafricano; «Peluso» era una de las 500 últimas focas monje que sobrevivían en el mundo, cuya mayor concentración se daba en unas cuevas próximas a La Güera, al sur, pero dentro de las fronteras de nuestra antigua y añorada provincia del Sáhara español, donde quien suscribe tuvo el privilegio de hacer la cartografía de su costa, destinado como habilitado

durante más de tres años a bordo del viejo planero *Tofiño*, un barco, un desierto, unos años (1960-1963) y unos hombres: don Narciso Pardo, don Miguel Zafra, don Manuel Colorado y tantos otros jefes y compañeros, que con su irrepitible personalidad mantienen en nuestras almas, resonando para siempre el indeleble eco de la llamada



El fondo submarino es magnífico en el archipiélago, pero Chafarinas perdió la fauna con las últimas focas monje españolas.

de África. Esta colonia de La Güera acaba de padecer una epidemia de un virus que la ha diezmando, dejándola al borde de la extinción, dicho sea sin tópicos ni lugares comunes al uso. «Peluso» fue la última foca española que vivió en tierra y agua españolas. Actualmente aún perdura un grupito relicto de media docena de focas que recorre el tramo de costa correspondiente a la sierra de Kebdana, en la desembocadura del río Muluya y el cabo Tres Forcas. De vez en cuando aparece alguna de ellas por Chafarinas y después se va. La gran esperanza es que un día se quede definitivamente.

Yo también me voy. Escribiendo este artículo final se me ha encendido la lucecilla del recuerdo, y cuando se llega a mi edad no hay quien pueda apagarla así como así. Ya véis qué cosas. Y en este trance ya no sería capaz de escribir de otra cosa que no fuese sobre la inmensidad del desierto. Que me dispense la foca monje y dispensadme también vosotros.

José CURT MARTÍNEZ

